

XII

Al día siguiente, y muy temprano, Jorge de Kerhoët bajó por la cuesta de Morville cargado, como de costumbre, con todos sus trebejos y recorrió el camino con el paso suelto y vivo del hombre al que no abruman graves pensamientos y que además se promete pasar un buen día. A la mitad del camino se detuvo y se sentó á descansar al pie de una corpulenta encina.

Ocultábase Trouville á la derecha, tras un repliegue del camino al pie de un promontorio de rocas, bajo las que extiéndense los hoteles y nuevas calles llenas de tiendas más ó menos elegantes, en las que, comerciantes procedentes de París, se han instalado para explotar la credulidad de los bañistas y venderles á un ojo de la cara antigüedades normandas fabricadas en el faubourg Saint-Antoine, ó alhajas, imitación perfecta de lo antiguo, recién salidas de los talleres de la calle de Popincourt.

A lo lejos, las barcas de los pescadores, mecidas por las olas, parecía que no se movían del mismo sitio, lo mismo que los patos cuando descansan en una charca ó estanque, y á la entrada del puerto el vapor del Ha-

vre silbaba á lo largo de la entrada con su pito enronquecido, como voz de bebedor tomada por el vino.

No era la contemplación de ese espectáculo realmente maravilloso lo que preocupaba á Jorge, sino que fijaba sus miradas á tres ó cuatrocientos metros debajo de él, en los deteriorados techos de la casa de los Godin, en sus paredes agrietadas, en esas ventanas que se caían á pedazos, en una palabra, en todos los detalles de esa vivienda miserable cuyo dueño no se preocupaba de nada más que de beber aguardiente que se vertía de su mano temblona y encendiale la sangre embruteciéndole.

Desde el día en que Jorge encontró á Rosa en el camino, sentada sobre el tronco de un árbol abandonado por la incuria de un leñador descuidado, no había podido olvidarla y un sentimiento, cuya naturaleza no acertaba á explicarse, atraíale con fuerza irresistible hacia el humilde casucho habitado por los vendedores de cangrejos y anguilas.

Ni por un momento se le ocurrió la idea de analizar ese sentimiento, sino que se dejó dominar y arrastrar por él, siendo suficiente para todo artista prendado de la belleza el encanto que se desprendía de Rosa y de cuanto la rodeaba, fuese cual quisiese el sitio en que se encontrase. Su apellido abría de par en par las puertas del derruido porche, y cuando pocos días antes pidiera á Rosa que le sirviera de modelo, respondióle ésta con sonrisa bondadosa que no se podía

negar, é inmediatamente empezaron las sesiones.

Después de descansar echando una siesta de las más cortas, el artista se puso en camino otra vez, y al llegar al porche, tiró de la cuerda del pestillo de madera y empujó la puerta. Rechinó una de las hojas de ésta sobre sus goznes, medio arrancados del madero en que en otro tiempo los clavarán, y el castellano de Morville se encontró cara á cara con el anciano pescadero que se disponía á salir de casa para emprender una de sus acostumbradas correrías. Al ver al hijo de los condes de Kerhoët hizo el viejo una mueca muy significativa.

—¡Eh! ¡Eh! ¿Sois vos, señor Jorge? ¡Demonio, como madrugáis!—exclamó el pescadero quitándose de la boca la pipa negra y corta.—¡No os creía tan trabajador!

—Es preciso trabajar, señor Godin.

—¡Trabajar! ¡Decís vos eso cuando no lo necesitáis! A lo que venis es á ver á la chica.

—Sí.

—Ya me lo figuraba, pues ni á Mariana ni á mí teníais para qué venirnos á ver. ¡Es natural, la juventud atrae á los que son jóvenes, y á los animales viejos, como somos nosotros, se les deja rumiarse en paz en un rincón, porque no somos buenos para nada!

Al decir esto el buen hombre retorció los labios de una manera excesivamente burlesca.

—Sí, tenéis razón, los viejos como vos no son buenos ni para cuidar de su casa, señor

Godin; mirad esas pasedes llenas de grietas, no sé cómo no se os cae la cara de vergüenza.

—¡Bah! Eso no vale la pena de que nadie se preocupe. ¿Que llueva aquí dentro como afuera? ¡Qué importa, así no hace tanto calor! Cuestan muy caras las obras, señor Jorge, y si al menos pudiese disponer del saco de los amos de Morville... Los que ponen las tejas no suben al tejado sin que se les pague, y un albañil no hace la masa sin que tenga la seguridad de cobrar, y creedme, el sudor de todas esas gentes cuesta muy buenos francos, ¡já! ¡já!

—¡Si al menos no bebieseis tanto!

—¡Beber menos!—replicó el pescadero acariciándose el exófago.—Eso se dice muy pronto. Un vaso puede que os baste á vos, señor Jorge, pero los pobres necesitamos algo más que probar, á cada uno lo que más le agrade, y en cuanto á mí, me gusta buen trago y la pipa bien cargada, siempre que tengo ocasión para hacerlo, y fracamente, se me haría muy cuesta arriba privarme de nada.

—No lo hacéis porque no pensáis en los que os rodean, en vuestra nieta, por ejemplo.

—¡Bah!—exclamó el viejo haciendo un gesto indescriptible.—¡En ese! ¡No os apuréis, no faltará quien piense en ella y muy pronto! Como hay Dios que es una hermosa muchacha como lo fueron su madre y su abuela mi difunta esposa, que según decían

en sus tiempos eran muy hermosas; pero yo no me fiaba en ello, porque me cuidaba más de lo que podía sacar de una cesta de atunes ó de arenques, que no son pescados de los más escogidos, pero no todo el mundo se puede permitir el lujo de comer salmón ó lenguado. Hoy no pasa lo mismo.

—Será preciso que me mezcle en todo esto, señor Godin,—dijo Jorge.— porque nos deshonráis á todos vuestros paisanos. Voy á mandar que arreglen esta casa.

—No me parece bien porque estoy á gusto en ella aunque no haga juego con el magnífico castillo de lo alto de la cuesta.

—Me encargo de pagar todos los gastos que origine.

—¿De veras?

—Os lo prometo.

—¿Y los pagaréis? ¿No lo decis en broma?

—Repito que lo pagaré todo.

—Chocad, la cosa vale la pena de aceptarla. Sois un buen muchacho, señor Jorge, pero confesad que á pesar de eso no es por los hermosos ojos del viejo Godin por lo que hacéis esa obra.

—Sí; es por vos, señor Godin, porque vuestra esposa cuidó á mi padre durante su orfandad, y era además una hacendosa y honrada madre de familia. Sí, lo hago también por la pequeña, que estará muy contenta si algún día, más adelante, cansado el cuerpo y el alma con tanto trabajo, porque su abuelo quiere beber más de lo necesario sin cuidarse de nada, desea retirarse aquí. No pensáis

en vuestros hijos y obráis muy mal,—añadió Jorge con acento enérgico.

Irguióse el pescadero.

—Supongo, señor Jorge, que no vendréis dispuesto á echarme un sermón.

—Algún día, cuando sea tarde, os pesará haber bebido tanto, porque vuestra afición os costará la vida.

—Lo mismo me dice el Médico señor Montel cada vez que me encuentra. Bien miradas las cosas, no hago daño á nadie, y no se muere más que una vez de una manera ó de otra. El día en que tenga encima cuatro pies de tierra me importa muy poco que sobre mí bailen ó hagan los demás lo que se les antoje; ya lo sabéis. Hasta la vista, señor Jorge, ahí os quedáis con la chica, y estoy seguro que preferiréis su compañía á la de un viejo gruñón.

Separóse así de Jorge y se alejó mascullando entre dientes su cantinela favorita.

—¡Raza de bastardas! ¡Atraéis á los hombres como la miel á las moscas, como un montón de trigo los gusanos en el granero! ¡Bastardas! ¡Bastardas!

Hacia un momento que Rosa habiase asomado á la puerta y era la primavera la que se mostró, porque en Rosa reuníanse el esplendor de la forma, la frescura de los veinte años, el encanto de la paz del alma y la distinción natural, esa distinción que no se adquiere jamás. Su sencillo tocado no era el más á propósito para realzar la belleza de la joven, pero siendo ésta grande, podía pres-

cindir de ese detalle. Todo su lujo consistía en un par de zapatos bajos que dejaban al descubierto unas medias rayadas muy estiradas y de color gris como el traje, que se moldeaba sobre una pierna de artística forma.

Ante aquella aparición detúvose Jorge quedándose suspenso, y Rosa fue la primera que habló acercándose al artista.

—¿Qué es lo que hoy queréis?—preguntó sonriendo. ¿Mi cabeza?

—Vengo á pediroslo.

—Tomadla; pero despachad pronto.

—¿Y por qué he de daros tanta prisa?

—Porque sólo dispongo de algunas horas.

—¿Os marcháis?—preguntó Jorge al mismo tiempo que abría su quitasol y lo clavaba en el suelo en un rincón del patio.

—Esta noche.

—¡Tan pronto!—suspiró.

—Es preciso. Recibi una carta de mi madre en que me dicé que sufre mucho y que no puede pasar sin mí.

Al decir esto meneó la joven la cabeza.

—Sí, voy á continuar mi trabajo, mi vida de miserias.

—¿Os dá mucha pena el hacerlo?—interrogó Jorge.

—Sí y no. Después de todo, ¿qué más me dá estar aquí ó allí?

—Debe ser un trabajo muy pesado.

—Es necesario hacerse á él, en los primeros días parece muy duro, pero después... lo peor de todo es el encontrarse con una habi-

tación tan pobre y tan triste cuando se vuelve á casa por la noche. De día, menos mal, el movimiento, el ir y venir y la charla de los compradores y vendedores, distrae; más al llegar la noche abrumba la pobreza; si no fuese el cansancio que nos rinde, creo que no podríamos dormir como lo hacemos sin que nada nos despierte. ¿Cómo queréis que me coloque?

—Así estáis divinamente, no os mováis.

—¿Buscáis alguna cosa?... ¡Ah!... ¡ya sé lo que es... una silla! esperad un momento.

Entró Rosa corriendo en la casa y salió llevando colgada del dedo meñique un pesada silla de madera.

—¡Demonio, qué fuerzas tenéis!—exclamó asombrado Jorge.

—Tantas como un mozo de cordel,—contestó Rosa echándose á reír.

—Seguid riendo así.

—¿Para qué?

—Para que me enseñéis esas perlas.

—No os burléis de la miseria.

—Es una miseria que envidiaría más de una marquesa de las que trato.

—Me aduláis, pero seguid vuestro trabajo porque va muy despacio, y dejáos de esas insulseces.

—Me temo mucho que debéis estar muy acostumbrada á oirlas.

—Tengo que escuchar todo lo que me dicen,—respondió Rosa no sin un asomo de tristeza.

Puso manos á la obra, retocando algunos

detalles de la fisonomía y bosquejando el traje á grandes rasgos.

—Cuanto más os miro más me convenzo de una cosa,—dijo Jorge,—de que os parecéis...

—¿A quién?

—A una señora amiga nuestra.

—No digáis tonterías, las grandes señoras y yo no estuvimos juntas jamás guardando carneros. Decidme quién es.

No tenía ninguna razón Jorge que le impidiese decirlo y ocultar á Rosa que se trataba de la condesa de Kerhoët, y se disponía á decirselo cuando la llegada de un nuevo personaje le distrajo de su propósito.

XIII

Era éste un jinete montado en uno de esos caballos rechonchos y robustos cuya raza casi desapareció y que no se encuentran más que en los alrededores de Hague, á poca distancia de Cherbourg, y que son notables por su paso cadencioso é igual que evita todo cansancio al que le monta.

El doctor Montel, que era el recién llegado, poseía uno de esos caballos para sus correrías á través de los campos, para poder

seguir los caminos ó veredas que no podía en coche.

Estaba sumamente encorvado de la misma manera que si sobre sus hombros llevase una carga muy pesada, y bajo su sombrero de anchas alas y pequeño de copa asomaban algunos mechones de cabellos completamente blancos.

Con mucho trabajo apeóse del caballo, cuyas riendas ató á una oxidada anilla clavada en uno de los pies derechos del porche, y los dos jóvenes salieronle mientras al encuentro.

—Buenos días, Doctor,—dijole Jorge.—No descansáis ni un momento visitando enfermos sin cesar.

—Volviame á mi casa y al pasar os ví.

Dirigió una prolongada mirada á Rosa, y sus labios temblaron con violencia á impulsos de su excitación nerviosa.

—¿Qué estáis haciendo? ¿Un retrato? El de la señorita Rosa Godin,—contestóse él mismo con indefinible acento.

—Lo acertasteis, Doctor.

—Está muy bien, ¿no la conociais antes, Jorge?

—Hasta hace poco no nos habíamos visto nunca.

—Es vuestra... vecina cercana,—replicó el Médico.—Por lo demás, todo es muy sencillo; no vivís en el mismo mundo; el uno es rico como Creso y la otra pobre como Job.

Callóse el Médico y á los pocos segundos llamó con voz cascada: